

86-3

ESTEBANILLO

I

Del modo natural con que Estebanillo llegó á este valle de números.

El día en que nació Estebanillo, su padre, el señor Ramón, después de esperar años y años á aquella criatura tardía, por contingencias del comercio, no pudo estar «perenne» al lado de su esposa.

Las compradoras bachilleras parecía que se habían conjurado para no dejarle cumplir como padre, y allí, en «La Puntual», la tienda de sedas más acreditada en cuatro calles á lo largo, que una vara de trencilla, que una de puntilla, que tres cuartas de fleco, entre compra y charlatanería, le fueron entreteniendo detrás del mostrador, mientras la pobre mujer, arriba, en el entresuelo, cumplía la misión materna de dar fruto á su Ramón, con la comadrona en la alcoba y dos vecinas en la sala.

Fuera de la alcoba llovía una lluvia fina, un polvillo de humedad que iba enfangando la calle, la acera

y «La Puntual». Enfrente, en el cuartel de Artillería, no estaban ni el centinela ni los oficiales que se balancean en las mecedoras de la puerta. Las dos filas de ventanas simétricas y «en formación» de la fachada estaban disciplinadamente cerradas; la faja de gris de cuartel que decora estos edificios desteñía paredes abajo; las mulas, los soldados y los cañones parecían estar encerrados en una piscina, y hasta el olor á cocina, á cuadra y á hombre que sale de esos establecimientos de pólvora, era un hálito empapado en agua.

La tarde no podía ser más triste para un nacimiento, pero el señor Ramón no tenía tiempo ni se podía permitir el lujo de estar triste. Un oído en las compradoras, para saber lo que le pedían, y otro en el entresuelo por si le pedían ayuda; el pensamiento le saltaba desde la cama de su mujer á la vara de trencilla. Lo que pasaba arriba era muy serio: ser padre; lo que pasaba en la tienda era tan serio como lo otro: el negocio. No estar con el hijo que estaba al llegar era faltar á un deber sagrado, y no pensar en el despacho de la tienda, que era el porvenir de aquel hijo, era faltar á dos deberes: el deber de abajo y el de arriba; y entre las dos obligaciones, iba repartiendo los sentimientos lo mejor que sabía: la atención comercial para las mujeres del despacho; el corazón de padre para las angustias de arriba.

De cuando en cuando, subía un momento, daba ánimos á la mujer y volvía á vender madejas.

De cuando en cuando, bajaba una de las vecinas, le decía que ya iban á terminar, que era cosa de media horita, que pronto sería padre, y que no descuidase la venta, que ellas ya cuidaban de todo.

De pronto, entré vara y vara, una duda, un ¿quién sabe?, le acudió al pensamiento. ¿Será niño? ¿Será niña? La comadrona había asegurado que sería un muchacho. Lo indicaba la luna. Una amiga de su mujer, que había tenido cinco hijos, decía que sería niña. Ella sabría por qué. El médico, para ahorrarse compromisos, había dicho que no lo sabía ni lo podía asegurar; y él, que no era comadrona ni médico, pero entendía de botones y sedas, no sabía más que una cosa: esperar, y que fuese lo que Dios quisiera; si era chico le pondría á la tienda; si no lo era, á buscar un yerno tendero y á interesarle en el negocio.

Él, eso sí, estaba todo lo sereno que puede estar quien cumple una misión, aunque esta misión sea vender, mientras esperaba una señal, un grito, un llanto de niño que le anunciase el momento, el acto solenne de ser padre; un hecho tan importante para él y para «La Puntual» no podía ser momento de silencio; no es uno padre así como así; algo tenía que anunciar que empezaba un destino. La gente no viene á la tierra sin avisar de un modo ó de otro, ¡qué diantre!; y considerando todo esto, se decía á sí mismo, puntualizando: «Despachemos, que para eso hemos nacido; pero en cuanto sienta dar el grito, aunque me lleven la estantería, subo corriendo. No quiero que sean manos ajenas las que reciban al niño.»

Pero el niño no llegaba y las compradoras no dejaban de venir. Entraban una á una, dos á dos, en grupos. Venían á curiosear, pero de paso hacían gasto. Hacía años que en «La Puntual» no se había hecho tanto cajón. «Si todos los días tuviese un hijo, pensaba el señor Ramón, con unos cuantos hijos y en unos cuantos años me hacía hombre respetable.»

En un momento de calma que hubo, volvió á subir al lado de ella. Le estrechó la mano conmovido, emocionado, digno, como si le viniese á decir: «Aunque estoy abajo, ya sabes que puedes disponer de mí como marido en todo y por todo.» Buscó una palabra tierna que la animase en la lucha, pero como con el trajín del comercio no había tenido tiempo de aprender palabras tiernas, no se le vino ninguna á la boca, y... le volvió á estrechar la mano. No sabía qué hacer ni qué decir; quería dar órdenes y no sabía á quién. Quería que se viese que era todo un hombre: un hombre sereno, activo; sobre todo eso, un cabeza de familia activo, y como no podía activar nada, hubiera deseado ser comadrona para no tenerse que estar demás.

En la sala ya no eran dos ni tres las mujeres que ayudaban á bien parir. Eran seis, ocho, todo un corro que, á la media luz que había, y siendo todas iguales como eran, formaban una faja negra en derredor de la sala; una faja de medio luto: con las manos sobre la falda, á cada lamento que oían contestaban con un suspiro, especie de *ora pro nobis* de la letanía del venir al mundo.

El señor Ramón tampoco era apto para el ramo de suspirar; el señor Ramón estorbaba y la comadrona lo echó de allí diciéndole que se fuese al despacho y no estuviese inquieto, que en cuanto fuese padre ya lo notaría.

Una vez abajo despachó dos madejas, tres agujas de hacer media y dos carretes, y como se marcharon las mujeres se volvió á quedar demás.

«¿Subiré?, se preguntó. No, que estorbo, se respondió. Hasta que llegue la hora, más vale que no me mueva. ¿Se parecerá á mí ó á Rosita? Pronto lo sabremos. ¿Avisaré á los padrinos que vengan? Ya vendrán, no nos precipitemos. ¿Qué voy á hacer? Esperar el grito. Esperar el grito que me avisará que soy padre.»

Y esperando el grito, como ya no entraba nadie, se puso á arreglar las cajas; las de la derecha á la izquierda, las de los carretes abajo, las de los botones á un lado, aquí la lana, allí el algodón, más lejos las tren-cillas.

Todo arreglado se asomó á la puerta. Seguía lloviendo. Un canalón, más abajo, hacía un ruido monótono. Pasaba de prisa algún carro, con el carretero bajo un saco echado por la cabeza. Pasaba gente llena de barro; el cielo parecía de plomo; la tierra era un mapa de charcos, y allí, frente á la tienda, las ventanas del cuartel parecían las de una fábrica que tuviese las máquinas paradas. De pronto un toque de corneta resonó como la trompeta del Juicio en la frialdad de las salas, y fueron llegando soldados.

El señor Ramón, por hacer algo, los iba contando á medida que entraban. «Cuarenta, cuarenta y dos, cincuenta, cincuenta y ocho...»

— ¿Qué hace usted que no sube? — gritó la comadrona.

— ¿Ya está? — exclamó el señor Ramón todo emocionado.

— ¡Jesús! Pues no hace poco rato. Ha nacido mientras tocaban á rancho.

II

Estebanillo queda aprobado. — Peso de Estebanillo. — Preparativos para celebrar un bautizo digno de «La Puntual», de los «puntuales» y de Estebanillo.

La comadrona tuvo razón: era luna de niño, y fué niño.

El señor Ramón le cogió con cuidado para que no se le cayese; se conmovió; besó á la madre; besó al hijo; dió la mano á tantas manos como había en la sala... y tampoco supo qué decir.

¿Á quién se parece la criatura?, fué lo primero que pensó. Estaba tan colorado y tenía los ojos tan cerrados, que no se parecía á nadie.

Unos decían que tenía los ojos de la madre (los ojos cerrados); otros la mismísima frente de su padre (una frente aplastada y caída hacia atrás); la señora del piso principal decía que se parecía á los abuelos; la comadrona, á todos juntos; pero el señor Ramón estaba en lo cierto: no se parecía á nadie.

Puede que cuando no estuviera tan colorado se le notara alguna semejanza; pero por el pronto eraaventurada toda especie de horóscopo. No tenía la nariz

corta ni larga; no era ni muy grande ni muy chico; no tenía el pelo ni negro ni rubio. Una criatura hermosísima, eso sí, según el parecer de todos los presentes; pero ¿por qué era tan hermosa? Porque no sabían si era fea, y, mientras no se demostrase lo contrario, quedó decidido que era hermosa.

Envolvieron al pobre muchacho, y en aquel primer suplicio de irle poniendo encima ropa y más ropa, todo el mundo se asombró de una cosa: no lloraba. Acababa de nacer y ya parecía saber por experiencia lo que había de ser su vida; le ponían de espaldas, y... callaba; le sentaban, y tan callado como de espaldas; le lavaban, y no se movía; le secaban, y como si le lavasen. Tanto le daba el agua fría como caliente. Tenía una tibieza en la piel por la que se comprendía decididamente que nunca sentiría frío ni fiebre.

Todas las visitas le encontraron lo mismo: un chiquillo «sereno, reposado, razonable», un niño sosegado; con los nervios ni tirantes ni flojos; con las carnes ni flojas ni fuertes; con la sangre ni espesa ni clara; con apetito hecho á la medida, como lo desean ciertas madres.

¡Y que no vinieron pocas visitas! En cuanto corrió la noticia de que el señor Ramón en persona, después de tantos años de esperar el fruto de bendición, por fin había fructificado, aquello fué una procesión nutrida de parientes y conocidos á dar la enhorabuena, todos con las mismas miras: «Que la tienda no se perdiese, que el hijo continuase el nombre del padre, y que una casa que llevaba tantos años de vender

hilos y botones no se destroncara comercialmente por falta de descendencia.»

El primero que llegó fué el abuelo, el señor Esteban, el padre del señor Ramón, el fundador de la casa, el tronco y raíz de «La Puntual», de aquella tienda de tanto crédito y de tanta fama, el que había puesto en la puerta aquel rótulo de honradez que hacía detenerse ante ella á la gente de bien: «Casa fundada en 1830.»

Era el señor Esteban un hombre práctico, lo que que se dice un hombre práctico. Era el primero que en Barcelona había vendido carretes para máquina, el primero que había despachado cinta de goma, y el primero que importó las trabillas para los pantalones de punto. Á los treinta años de estar en la tienda, conocía el corazón «humano» de todo el barrio de Ribera; sabía cómo hay que tratar á la mujer desde detrás del mostrador; cómo se la insinúa á la compra; cómo se la deslumbra con los colores; cómo se le hace llevar, á fuerza de palabras dulces, una cinta descolorida; y cómo con una mirada salida del corazón se le hace comprar sin gana. Se había retirado del servicio activo con una fortunita, pero siguiendo interesado en la casa, á un piso en la plaza del Born, quedando como consejero y dejando al *hereu* que se explayase y dejase explayar al nieto, el día en que llegase el nieto, aquel nieto que tanto se hizo esperar..., pero que por fin vino á llenar la casa de alegría, tanto comercial como íntima.

La segunda que vino fué su mujer, la señora Feli-

cia. Ella no había nacido para persona práctica, pero acabó por serlo. De joven quería ser monja. ¡Pobrecilla! No sabía del todo por qué, ¡pero quería ser monja! Ya se había despedido de sus padres; ya apartaba los ojos de este mundo; ya consideraba la vida como una especie de prisión, con hombres por carceleros, como un nacimiento de miserias con la estrellita de gloria sobre montes de corcho, cuando un día, yendo á comprar algodón azul, desde detrás del mostrador ¡ay! la habló aquel hombre práctico, y la habló como hablan los hombres prácticos: «Te quiero; quíereme; tengo casa de 1830; tú me pareces trabajadora; venga contrato matrimonial, y á casarnos.» Y ella, que no había visto nunca más que estampas de santos que miran á lo alto, cuando la miraron de hito en hito no tenía práctica de decir que no, y en lugar de encerrarse en el convento, se encerró en la tienda.

Después vino la señora Pepa, madre de la parturiente, y le costó mucho trabajo venir, porque no tenía salud. Á la pobre señora Pepa no le distinguía más que eso: el no tener salud. Todo lo tenía menos salud. Vivía años y años; iba tirando; hasta era alegre y regocijada, y sin más que esta tara: la falta de salud. Todo el mundo decía lo mismo: «¡La pobre señora Pepa!»; y cuando habían dicho «¡La pobre!», ya no encontraban más que decir de ella.

Más tarde bajó otra vez la señora del piso principal. Una señora respetable por eso, porque era la del piso principal; una de esas señoras que se dice que

«entran» en casa porque se sabe cuándo entran, pero no se sabe cuándo saldrán. Después vinieron las tres primas, tres fabricantes de chocolate, retiradas del comercio, del chocolate y de todo, tres hermanas que habían hecho voto de quedarse las tres solteras, y habían cumplido la promesa, y como las tres llevaban hábito (una correa y siete dolores cada una, ó sea veintiún dolores), y como siempre iban juntas, y siempre vestían igual, los comerciantes de la vecindad las llamaban por mote las tres Marías en comanda. Después la carnicera, buena mujer, pero mal hablada; la estanquera, viuda del estanquero, que esté en gloria, y, por fin, el señor José Forment, el amigo de confianza de la casa.

Este señor José Forment hacía veinte años que venía á la casa por mañana y tarde. Era un hombre de edad madura, también retirado del negocio, serio, y siempre vestido de *levitas*: cuando hacía calor llevaba una, en tiempo medio dos y en invierno todas las que tenía. Era el consejero de la casa, pero un consejero sin consejos. Llegaba como un reloj. Daba los buenos días á todos, aunque no hubiese nadie; decía: «Hace frío, hace calor.» Y se sentaba siempre en el mismo sitio, una hora justa después de comer y otra después de cenar, como quien toma dos baños de asiento, y se marchaba diciendo: «Mañana hará frío» ó «Hará calor», hasta el día siguiente á la misma hora, á la siesta en dos sesiones.

En cuanto estuvieron todos en casa, los que no eran bastante de la familia se quedaron en la tienda,

y la gente de más respeto subió al entresuelo. Eran tantos para el tamaño de la sala, que hubo que traer sillas del comedor y hasta de la alcoba para que todos se sentasen. Entre muebles y personas quedó aquello atestado. Por las paredes, los retratos de toda la heráldica del fundador de «La Puntual», en cristales de daguerreotipo, de los que sólo quedaba el cristal. En el balcón, para que los artilleros no curioseasen, un *store*, hecho con retales de tiras bordadas que no habían tenido salida; en medio, ese tocador que hay en todas las casas honradas; en un rincón, un gato vivo, hecho un rollo como un manguito, y en las sillas la familia, por el orden correspondiente: el señor Ramón cerca de la puerta, porque tenía que subir y bajar; el abuelo, el señor Esteban, á la derecha, y la abuela, la señora Felicia, á la izquierda, con las tres primas enfrente, sentadas en tres sillas. Cerca del balcón, la señora Pepa, que, como estaba tan mala, ¡la pobre!, allí se podía airear; por las sillas de en derredor, la señora del piso principal, que eran las tres de la tarde y aun no había comido por hacer un ratito más de visita, y algún otro pariente de sobra, y el señor José Forment, ya se sabía, en su sillón, un sillón en el cual de tanto sentarse se había incrustado de tal modo su cuerpo, que cuando no estaba allí se conocía su presencia por el hueco.

Una vez reunidos, claro es, sacaron á la criatura, que estaba en la cama de la madre; volvieron á inspeccionarla, y todos la encontraron conforme, menos el práctico señor Esteban, que puso mucho empeño

en que subiesen una romana, y que no aceptó de buen grado el ser abuelo hasta que vió que el niéto tenía el peso natural: unas seis libras y media.

Después hablaron del bautizo, y «medió» alguna diferencia, no porque se discutiesen los padrinos, que no podían ser más naturales, sino para la realización del acto.

Doña Felicia quería que fuese á pie y en seguida. Aquella misma tarde.

— Fuera escrúpulos — dijo —. La vida y la muerte las tiene Dios. Hoy estamos aquí, y mañana puede que no estemos; y si una criatura se va al limbo, los padrinos son los responsables.

— Pues yo hasta mañana no puedo ir — dijo la abuela materna —; hasta mañana no tendré la mantilla. Un niño que acaba de nacer no se puede morir así tan de prisa.

La madre, desde la cama, habló; pero como no la oyeron, no la contestó nadie.

— Yo soy hombre práctico — dijo el señor Esteban —. Soy el padrino, y pago; y si no pagase como padrino, pagaría comercialmente. La Casa es la Casa, y este pedacito de criatura, que, con perdón de los padres sea dicho, ahora no daríamos por él dos cuartos, con el tiempo será la Casa también.

— Pero no seas malgastador — le contestó su mujer —. ¿No ves que la iglesia está aquí al lado? ¿Qué falta hace el coche?

— Por el mismo precio iremos á dar una vuelta — le replicó el señor Esteban.

—¿Y cuántos coches tomaremos?— preguntó el padre.

— Los que hagan falta. Uno en que quepamos todos juntos. Seremos diez: ocho dentro, uno fuera, y la criatura donde corresponde, en brazos de la madrina.

— Entonces lo mejor será un faetón — dijo el padre.

— Sí, señor; un buen faetón. El mejor que se encuentre.

— No hablemos más; queda aprobado. Mañana á las cuatro todos aquí.

— No faltaremos — dijeron las tres Marías en terceto.

— Que Dios les dé á ustedes muchos años de vida — fueron diciendo todos al salir.

— Hace fresco — dijo el señor Forment, saliendo detrás de la parentela.

III

Donde se ve lo que cuesta hacer pasar un niño por entre el trá-fago comercial. — Donde se ve el bautizo. — Y donde se ve que no pasa nada que valga la pena de contarse.

Al día siguiente, el día solemne del bautizo, un brillante sol de primavera salió á iluminar el barrio.

En cuanto el señor Ramón se levantó y abrió los postigos del balcón, despertó á su mujer para decirle:

— ¡Qué día, Rosita! ¡Qué día para ir de bautizo! Lástima que te tengas que estar en la cama y no puedas venir con nosotros.

— Otra vez será — dijo ella, y se volvió del otro lado.

Realmente estaba tan hermoso el día, después de tantas horas de llover, que se podía pagar por verle. Enfrente, en el cuartel, sacaron las mulas á tomar el aire, y las ataron á lo largo de la pared, formando una ringlera de colas que iba de punta á punta del edificio. Aquello era una espesura de patas que no se estaban quietas; un enjambre de moscas que no dejaban parar á las mulas. Un artillero y una mula

habían hecho una apuesta: él á irle dando palos hasta que ella dejase de dar coces, y ella á estar dando coces hasta que él dejase de darle palos, y la porfía duró media hora, hasta que se cansaron los dos á un tiempo. Por las ventanas del piso segundo se veía limpiar cananas, machetes y chismes de hacer daño. Cantaban los artilleros, dentro de aquella jaula espaciosa, en valenciano, en gallego y, sobre todo, en andaluz, con cada ¡ay! y cada gemido de alegría que hacían temblar los cañones. Por la puerta principal, los asistentes sacaron mecedoras y sillas; salieron los oficiales á hacer guardia, y allí, tomando una copita, comentaban el periódico. Que si el mes pasado se habían muerto de muerte natural veinte capitanes más que el anterior; que si faltaba que muriesen tantos más para que corriese el escalafón; que si con un poquito de guerra la cosa iría más de prisa. Algunos de ellos daban órdenes; cuatro quintos solos y en fila iban marcando el paso y contando, pero sin llegar más que á dos, como si los cuatro se hubiesen vuelto locos; hasta que en un momento dado, no se sabe qué mosca les picó á las mulas, que ya no hubo quien las sujetase; á saltos, á empujones y á patadas corrieron al establo.

Realmente la Naturaleza, con intervención del hombre, que es su criatura más perfecta, hasta en aquel rincón de plaza sacó lo mejor que tenía para preparar un día de bautizo, y el señor Ramón lo notaba y despachaba la trencilla como si vendiese varas de alegría.

Á todas las parroquianas que entraban, aunque no hiciesen gasto, rebosando satisfacción, les decía lo mismo: que era padre de una criatura que pesaba más de siete libras.

La mayor parte de las compradoras no decían nada, porque no sabían si era poco ó mucho, pero todas se alegraban tanto.

Á alguna le parecía que era demasiado, y otras, las más charlatanas, hablaban de criaturas vivas que habían nacido pesando ocho libras, y ocho y media, y hasta nueve libras y pico; pero el señor Ramón no se apuraba. Sabía lo que son balanzas.

— Hoy es el bautizo — les decía —; hoy es la primera vez en mi vida que tendré que cerrar la tienda.

— Pero no será la última — respondíanle —; usted aun es joven, señor Ramón.

Y salían mirando de reojo á aquel ramillete de artilleros que había en las ventanas.

— ¡Qué buen día hace! — dijo el primero que llegó para el bautizo, colocándose en el mismo sitio que el día anterior.

— ¡Qué buen día hace! — fueron diciendo todos los demás, sentándose en sus sitios correspondientes.

— ¡Hermoso día! — dijo el señor José Forment, encajándose en su sillón.

Y la madre, desde la cama, también dijo que hacía buen día sin saber por qué, si porque bautizaban á su hijo, ó por contagio de oírsele decir á los demás.

Sea como quiera, ya estaban allí todos. El señor Esteban, todo de negro, con una corbata de raso que

le daba tres vueltas al cuello y aun quedaba corbata para el nudo; su señora, de lanilla, también á toda negrura; la señora Pepa con aquella manteleta que le llegaba hasta las rodillas; las tres primas de luto crónico, es decir, de hábito, pero con las correas nuevas y los dolores de plata relucientes; el señor José Forment con la levita mejor por la parte de fuera; la comadrona con uniforme de bautizo; el padre serio, y la criatura metida en una capa que no dejaba ver más que una cara como una camuesa rodeada de lienzo blanco.

El faetón ya estaba esperando. Á las tres había llegado, y en todos los balcones había gente admirada de ver aquel coche que llevaba un cochero con librea, guantes, botones de oro, sombrero de media copa y un clavel encarnado en la oreja.

Se despidieron de la madre que lloraba de alegría, salieron y subieron al faetón, los ocho convidados dentro y el señor Ramón en el pescante.

Según habían convenido, en vez de ir derechos á San Cugat, que era donde tenía que bautizarse el niño, quisieron aprovechar el gasto y se fueron á dar una vuelta. Primero pasarían, según lo tratado, á todo lo largo del cuartel; después por el paseo de San Juan; después por la calle de la Princesa, plaza de San Jaime, calle del Obispo, y en llegando á la Plaza Nueva, se meterían por los callejones, y á San Cugat por donde pudiesen.

Por delante del cuartel pasarón al trote; los dos caballos eran arrogantes; dentro del coche no habla-

ba nadie, pero reinaba gran armonía; fuera, el cochero explicaba al señor Ramón las cualidades del ganado; pero al llegar delante del Rec hicieron la primera parada. Toda la calle de la Princesa, la de los Sazonadores, hasta el Born, era un barullo de carros, de gritos, de trajín, de bullicio. De un almacén lleno de telarañas sacaban paquetes de algodón, los daban un empujón, los apoyaban en el carro, y, del empujón, los echaban encima; al lado, en otra tienda, estaban tirando al suelo pieles de vaca que olían á bencina y á animal disecado; más allá metían drogas en el fondo de una cueva y se había vertido una gran ampolla que hacía como un reguero de humo; más lejos sacaban bacalaos secos, tiesos y prensados; aquí fabricaban botas, allí descargaban hierros con estampido de metralla, y por todas partes apuntaban, gritaban, escribían, renegaban, y el ruido era tan fuerte, que dentro del faetón se sentía un rumor como de quien se pone un caraçol en el oído.

Después de una parada de media hora, cuando todos acabaron de descargar, pudieron seguir adelante, hasta llegar á la calle de Moncada, y allí, segunda estación, pero esta vez con parada y fonda. Entre un tren de carros que venían y una ringlera de ellos que volvían, dejaron encajonado el faetón dentro de un nudo de comercio, de bautizo y de mercaderías que no había medió de deshacerlo.

Los de un lado decían á los otros que tirasen hacia delante; los de delante reculaban; los de la derecha empujaban; el caballo del carro de detrás metía la

cabeza en el faetón y ponía el morro en la falda de una de las tres Marías; los del faetón tenían el morro engastado en un fardo de algodón; el guardia municipal se había ido por no tener controversia; los de la calle daban órdenes, los de los carros insultaban; todos gritaban, todos mandaban; empezó el coro de reniegos, y el cochero del bautizo en persona, saliéndole de dentro el carretero que llevaba bajo los guantes verdes y la librea, renegó más que ninguno, y hasta bajó del coche, desafiando á toda la calle y á todo el comercio de Ribera.

Los de dentro estaban serenos. Les contrariaba un poco aquel atranco comercial, pero eran gente que sabía hacerse cargo, y comprendían lo que es el tránsito. Si se hubiesen atrevido y no hubiesen ido vestidos de negro, hasta hubiesen bajado á ayudar á descargar los carros.

El señor Ramón daba consejos á una con el cochero; la madrina le encargaba que, sobre todo, no se comprometiese; el señor José Forment callaba, y el padrino, el señor Esteban, hasta dejó escapar una sentencia:

—Primero es el comercio que el bautizo—dijo—. La criatura puede esperar, y el género, si no se entrega á tiempo, sufre merma y avería.

Por fin hubo un poco de movimiento. Los carros empezaron á andar, y el coche, entre el carro de algodón y uno de petróleo, echó á andar también siguiendo á los carros, y así fueron hasta llegar á San Cugat, hechos un *sandwich* de bateo.

— Á ver si descargan ustedes de prisa — les dijo el carretero de detrás.

— Descargaremos si nos da la gana — saltó el cochero bautismal.

Y para evitar garrotazos en día tan señalado, saltaron todos aprisa del coche, menos la señora Pepa, ¡la pobrel, que la tuvieron que bajar.

Ya en el suelo, entraron al niño en la iglesia; eso sí, entraron casi á tientas, porque el templo estaba á oscuras. En los altares no había cirios, las paredes parecían de merino gris, y en lo más alto de todo entraba por dos vidrios verdes y amarillos una claridad de cámara fotográfica que marcaba dos cintas á unos ángeles que estaban sentados en la barandilla de una cornisa, y que no se caían por eso: porque eran de madera y eran ángeles.

El señor Esteban tropezó con un banco y dijo malhumorado:

— ¿Dónde tienen el despacho en este demonio de parroquia?

— Tenemos que ir á la sacristía — respondió la comadrona.

Pero en la sacristía no había nadie, y el señor Esteban dijo:

— Casa en que no hay nadie en horas de despacho, no puede andar de buena manera.

— Ya vendrán, hombre — le contestó la madrina.

— Es que deberían estar aquí perennés — respondió de nuevo el padrino —. No se tienen las puertas abiertas para no dar gusto á la parroquia. Y nosotros

somos la parroquia. Á todos nos han bautizado en la casa; y si no que miren los libros; y si no los quieren mirar, yo se los enseñaré al señor vicario en cuanto venga. Quiero que sepan con quién se las han, y que si se protesta una letra, también se puede protestar una criatura.

Pero mientras quería protestarla, salió un capellán de un altar, seguido de un monaguillo, y se dirigieron á la pila.

Fué un bautizo rápido y conciso. Ponerle Esteban, Luis y Pablo, quitarle la gorra, echarle el agua y leer cuatro obligaciones, fué cosa de un momento.

Ni la criatura se enteró.

— Para lo corto que ha sido, me parece caro — dijo el señor Esteban al salir —. Nos han hecho un bautizo de segunda.

— Todos son iguales — le respondió la comadrona —. En los bautizos no hay diferencia.

— ¿Que no hay diferencia se atreve usted á decir? — replicó el señor Esteban —; pregúntemelo usted á mí si la hay ó no la hay. Cuando la criatura es más de pago, se miran y se entretienen más. Echan más latines, más agua y más bendiciones.

— Vamos, Esteban, no te descompongas — le dijo su mujer —; vamos á buscar el coche, y déjate de historias.

El coche estaba á la puerta y los caballos también; pero el cochero... ¿dónde demonios estaba el cochero?

Le llamaron. Echó el señor Ramón calle arriba y el señor Esteban calle abajo; dieron voces; desperta-

ron á un municipal que estaba durmiendo, y ¿saben ustedes dónde estaba el cochero? Estaba en una esquina, ayudando á levantar un carro, al que se le había atrancado una rueda.

Si no hubiese sido por el renegar y por el clavel que llevaba en la oreja, no le hubieran conocido: se había quitado la librea, y en mangas de camisa estaba forcejeando sobre la rueda; y hasta que no arrancó el carro, no le pudieron arrancar á él de la rueda.

— Andando, cochero, y á casa de prisa — dijo la señora Pepa.

— Sí que han despachado ustedes pronto — contestó el cochero —. Todavía no he ganado yo medio jornal.

— Déjate de jornales, y al coche — le dijo el padrino con energía.

Y volviendo á subir al coche, por el mismo orden en que habían venido siguieron por la calle de San Cugat, hasta que, llegando al Portal Nuevo, volvieron á encontrar un río de comercio, y siguieron la corriente.

Allí estaba el negocio de pieles, de quitamanchas y de tintorería, que ensuciaba las calles. De dentro de un subterráneo sacaban animales desollados, cuyas pieles llevaban á curtir; de los tejados colgaban andrajos de algodón blancos, amarillos, color azul de soldado, color negro de viuda, colores tornasolados, goteando por las fachadas y tiñendo por las aceras; por dentro de las tiendas negras se sentía tintinear yunques; en los patios serraban maderas; por los

callejones estrechos los caballos tiraban de los carros, resbalando sobre las piedras húmedas y haciendo saltar chispas, y los almacenes se vaciaban para llenar otros almacenes, con un trajín que no cesaba nunca.

Los hombres de nuestro bautizo se miraban satisfechos de aquel movimiento de vida. Iban como peces en pecera dentro del faetón, peces que nadaban dentro de su elemento. Se sentían leña de aquel fuego, rueda de aquel engranaje, correa de transmisión de aquel trajinar de comercio, y bajo el vestido de los días de fiesta llevaban la vanidad de tener raíces en aquel barrio y de llevar un retoño que si hoy no era más que esqueje, tiempo había de llegar en que sería árbol en aquel bosque de carros y de género.

Tanto es así, que cuando hubieron dado dos vueltas por el paseo de San Juan y vieron que en el paseo no había más que gente solitaria, el guarda alestargado, algún lector de novelas y dos ó tres viejos tomando el sol, dijeron al cochero:

— ¡Á casa, que ya hemos paseado bastante por aquí!

Y todos se pusieron tristes.

Tan tristes, que ni aun tomaron el chocolate con esa franca alegría con que debe tomarse el chocolate para que sea verdaderamente chocolate. Ni hablaron de comercio; como si dijéramos, que no dijeron nada. No se rieron como de costumbre, y sólo al despedirse el señor Esteban, el padrino, al poner á Estebanillo en brazos de su madre, le dijo con toda solemnidad:

— Rosita, aquí tienes á Estebanillo bautizado. Haz-

le un buen comerciante. Que honre el nombre de «La Puntual». Créale como es debido. Serio, moderado, prudente, buen pagador y buen cobrador, y práctico, sobre todo muy práctico, que el hombre es el que hace la casa y la casa es la que hace al hombre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RUSIÑOL"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Aleluya en la cual se explica con puntos y comas la reforma de «La Puntual», y donde se ve la influencia que puede tener un niño de tres meses en el ramo de mercería.

Ya que Estebanillo había venido al mundo á continuar el establecimiento fundado en 1830, mientras la madre le criase y se cuidase de fajarlo, mantenerlo y hacerle crecer, conforme había dicho el padrino, correspondíale al padre aumentarle la herencia y prepararle un porvenir sosegado, bien visto y conforme, con ambiciones mesuradas y perseverancia prudente.

Para prepararle el tal porvenir se celebró consejo de familia (allí no se movía una silla sin celebrar consejo de familia), y después de discutir con toda serenidad las contingencias de las cosas, los peligros del «giro» y las peripecias del mañana, después de haber puesto los puntos y comas á los proyectos presentados y de haber dormido dos meses sobre ellos, se resolvió precipitadamente repintar la tienda.

Por el pronto, el señor Ramón mandó á buscar un hombre de cabello largo, de pipa y de sombrero á lo

mosquetero, y le pidió un presupuesto. El hombre le lanzó una mirada de director general, y le dijo que le dejase hacer á él, que ya sabía lo que se hacía. El señor Ramón se mostró conforme, después de regatear. El maestro pintor envió un andamio, dos hombres con otras dos pipas, una fila de pucheritos y un mazo de reglas. El señor Ramón pidió actividad; el otro respondió que «Muy bien dicho»; los artistas empezaron el trabajo, y el señor Ramón empezó á sentarse en una silla de paja que puso delante de la tienda.

Lo de la actividad fué una figura pictórica. El artista no es activo como el tendero; el artista, cuando pinta una puerta, sueña, tiene sus ideales, y el tendero tiene otra cosa que hacer que entretenerse con ideales; y si el señor Ramón tenía prisa, los pintores tenían calma. Él que se estuviese sentado, que ellos ya irían pintando cuando tuviesen inspiración. Querían hacer una cosa bien hecha, bien acabada, una pintura de duración, que llegase hasta el 930. Sólo para poner los andamios tardaron dos días. (Ya ven ustedes si tenían empeño en dejar la cosa bien hecha.) Sólo en rascar la pintura vieja, otros cinco. Las capas de pintura de una tienda que tiene dos generaciones de costras y sudores comerciales, no se rascan así como así. Sólo en encender las pipas en los momentos de contemplación se les iban dos horas y dos cajas de cerillas; en cantar *La Traviata* una hora, y en subir y bajar del tablado para ver el efecto en perspectiva todas las horas que quedaban.

Verdad es que cuando empezaron á tirar rayas, aquello era una caligrafía. En las puertas hicieron un filete finísimo, y todo á pulso, que ni acercándose á tocarlo se le podía penetrar el secreto; en la estantería unas florecillas que eran una calcomanía; abajo un zócalo imitando mármol, que si le hubiesen puesto de plano se hubiese podido jugar encima al dominó; arriba una tracería que mareaba, y del rótulo no digamos. De «La Puntual», del *fundada* y de la fecha de 1830 bajaban unas sombras que recibían luz por los dos lados, que ya no se podía pedir más; hablaban, se salían del cuadro; eran tan naturales y tan propias, que de haber habido pájaros en la vecindad, así como no había más que artilleros y tenderos sin alas, se hubiesen ido á posar sobre ellas con un grano de alpiste en la boca, y se hubiesen llevado un chasco. Las había pintado el mismo amo: el del sombrero á lo mosquetero, que, según se ve, era un gran señor que había venido un poco á menos por reveses de fortuna, pero que tenía unas manos de plata.

El señor Ramón había estado sentado, es verdad; había estado sentado al amanecer, en pleno sol y al toque poético de oraciones; en su vida había estado sentado tanto tiempo; pero podía estar satisfecho. Los vecinos le felicitaban, le daban golpecitos en el hombro, le deseaban muchos años de vida para poder disfrutar semejante obra en compañía de la familia y de las personas de su mayor aprecio, y hasta los soldados andaluces, con ese hablar «dicharachero» que Nuestro Señor les ha concedido, echaron un

requiebro á la pintura, y hasta el tabernero de al lado, para felicitar al señor Ramón, le llevó un vasito de vino rancio, allí mismo, á la silla.

Y eso que no habían terminado. Se había hecho lo exterior, que ya es hacer; pero faltaba lo interior: la estantería, los armarios, el mostrador, las cajas y cajitas y todos esos cajoncitos íntimos que contienen los carretes y botones. Claro es que no era trabajo fino, ni decorativo, ni comprometido, como el que habían hecho en la portada; pero si dentro no había dibujos, lo que es listones y listoncitos sí que había para matar horas; y que las mataron es cosa segura. Como trabajaban á cubierto, no tenían tanta prisa; podían entretenerse... y se entretuvieron.

Por fin se llevaron los pucheretes, las pipas, las brochas y las reglas; dejaron el establecimiento hecho una taza de pintura, y, cantando el *Guillermo Tell*, los artistas se fueron. El único rastro que quedaba en aquel templo del comercio era la pintura reciente, que ensuciaba á cuantos entraban. El uno se llevaba un pedazo del mostrador en una pierna del pantalón; la otra un trozo de armario en los faraloes de la falda, y todos la nariz saturada de trementina; pero como todo se seca en este mundo, los colores se fijaron y se pudo colocar el género: cajas, trencillas, algodones, gorras de niño, ligas, corbatas, carretes y ovillos; y cuando todo estuvo colocado, fueron viniendo los parientes para hacerse cargo de la mejora, y cada uno fué diciendo lo suyo.

La señora doña Felicia, abuela materna de Esteba-

nillo, dijo delante de la fachada que aquello era un verdadero Edén; y en cuanto entró en la tienda, lo volvió á decir.

Á la pobre señora Pepa le dió por el llanto. Dijo:

— No teniendo salud no se disfruta de nada, y antes que las tiendas y que las pinturas al óleo y que las vanidades mundanas está el tener salud.

Las tres Marías, al entrar, dieron tres gritos á una, como si hubieran pisado tres cucarachas.

La señora del primer piso, aunque había ido viendo hacer la obra, se quedó tan admirada que no supo qué decir.

El señor Forment lo de siempre: que inauguraban con «buen día».

Y por lo que respecta al señor Esteban, dijo lo de siempre y un poco más: «Que Ramón se había vuelto loco, que había hecho demasiado, que el lujo pierde á las familias, que en la casa hay que consolidar el crédito, y que bajasen al niño, que quería hablarle.»

Bajó la madre con un paquete dentro del cual estaba Estebanillo, y en cuanto le tuvo delante, el señor Esteban le dijo:

— Tienes tres meses; llevas un trimestre de estar en el mundo. De hoy en un año tendrás un año y tres meses; y sumando años en el Haber, de aquí á veinte años serás un hombre. Recuerda entonces lo que ahora te digo, que ya te lo repetirán cuando llegue la hora. Recuerda que yo, el abuelo, tu abuelo, que entonces ya estaré en el cielo, te hice bajar á la tienda como si te llevase á la iglesia ó á poner

una primera piedra. Esta ha de ser tú iglesia, para esperar la del otro mundo. Vive aquí y trabaja aquí, y sobre todo economiza aquí, que dos y dos son cuatro, y cuatro dan ocho, y ocho diez y seis, y el multiplicar con prudencia y medida es lo que honra al comerciante. Ya que tu padre ha hecho el gasto, hazle producir un interés que no sea de usurero, pero que no sea de derrochador. Ya lo sabes, y ya sé que ahora no me entiendes; pero te lo volveré á decir cuando llegue el momento, porque los demás me entienden de sobra.

Tanto le habían entendido los demás, y tanto les había tocado en el corazón aquel sermón de economía, que cuando terminó todos lloraban.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1046 1625 MONTERREY, MEXICO

33774

Primeros pasos de Estebanillo en la tienda. — Buenos agüeros y buen horóscopo.

De aquel día en adelante, la «esposa» del señor Ramón, repuesta del trance maternal, se instaló en la tienda é instaló también á Estebanillo.

Tanto le instaló, que ya nunca debía moverse de allí.

En vista de que había tenido un hijo, se decidió á tomar criada. ¡Hasta criada llegó á tomar! El señor Esteban tenía razón: se habían vuelto locos. Pero para decir las cosas tal y como son, la criada que tomaron, por lo pequeña y desdichada, casi no lo era. Era una chiquilla de ocho años, pobrecita, que se había quedado desamparada, que se llamaba Pepeta, como todas, que era flaca y corta de vista, y tan encanijada y desganada, que con cañamones ó alpiste la hubieran podido mantener.

El señor Ramón y su esposa, en otro consejo de familia, habían hecho sus planes: Pepeta barrería la casa, fregaría la loza, limpiaría el sillón del señor

Forment, el armario de luna, y cuidaría el puchero; él se ocuparía de las compras comerciales, del ramo de administración y de la teneduría; y ella, detrás del mostrador, á vender y á criar al heredero de la casa; y si así no marchaba la casa, el comercio era un mito.

Conformes en este plan, la dueña y señora del señor Ramón y madre de Estebanillo se instaló, como hemós dicho, detrás del mostrador; pero como era tan gruesa, parecía que había dos mostradores. No es que de soltera hubiera sido nunca desmedrada: la Rosita del señor Ramón, además de otras muchas cualidades (el don de no hablar casi nunca, el de ser amable con la parroquia, el de gastar poco aceite y menos carbón), había sido siempre razonablemente gruesa; pero desde que había nacido Estebanillo, parecía como si tuviese á orgullo el ir aumentando en carnes. Había tomado aspecto de llueca.

Estebanillo no se daba cuenta de nada. Iba mandando y creciendo. Verdad es que crecía con parsimonia, pero no paraba de crecer. Aquel color de camuesa que tenía al venir al mundo se había ido apagando, y ya no tenía color ninguno. Á medida que se iba formando, se había vuelto de un moreno gris, de un rosa esfumado, del color de que se vuelven las cosas que no se sabe qué color tienen.

Estebanillo iba creciendo, pero no despertaba á la vida. Tenía seis meses, y continuaba sin llorar; y aquella falta de lágrimas tenía admirada á la familia. Todo lo más que daba era un gemido, un grito moderado, que no era que se quejase de nada, sino aviso

de que tenía hambre. En cuanto á reir, ni sospecharlo; y de eso sí que no se sorprendía nadie, porque en «La Puntual» venía de padres á hijos ese empeño de no reirse. Estebanillo sería serio, serio como sus antepasados. Un muchacho formal y juicioso, que continuaría la casa con aquel sentido del crédito tan recomendado por el señor Esteban.

Dos ó tres detalles notables acabaron de confirmarlo. Un día, cuando ya tenía ocho meses, le enseñaron una madeja, y él, que era tan serio para todo, la cogió con cierta alegría y se abalanzó á ella. Otro día, al cumplir un año, vió abierto el cajón de los cuartos, y se quería meter dentro; y el que no sabiendo hablar aún, demuestra afición por las madejas y los cuartos, seguro es que ha nacido para el negocio.

Aparte de esto, no manifestaba inclinaciones particulares, ni se distinguía por nada más. Le fueron saliendo los dientes donde le tenían que salir, poco más acá ó más allá, sin dolor ni alegría; empezó á decir alguna palabra y algún número (más números que palabras), y dejó de aprender en cuanto le pareció que ya sabía bastantes para el gasto que tenía que hacer; empezó á andar cuando quiso ir á alguna parte; á comer platos hondos de sopas, con el ánimo bien decidido de quien ya sabe lo que quiere; y cuando ya supo andar y comer, dió una vuelta por la tienda, una vuelta aun vacilante; pero para el camino que tenía que andar, de sobra sabía.

Por lo demás, no molestaba á nadie. Si no hubie-

sen sabido que le tenían, no se hubiesen enterado de que estaba allí. Claro es que le querían; le querían todos; le querían, tanto por lo que era como por lo que representaba; pero como no había dado ocasiones de poner el cariño á prueba, le querían sin darse cuenta de ello. No había tenido ni indigestiones, ni sarampión, ni escarlatina, ni garrotillo, ni había pasado por ninguna de esas noches de peligro que hacen vibrar á las madres como hojas secas; no tenía risas de las que alegran el corazón y hacen besar riendo á los que las oyen. No hacía travesuras de esas por las cuales el padre amenaza con el corazón lleno de ternura. No sabía que existiesen reyes de los que pasan una noche al año repartiendo ilusiones y sueños; no sabía nada de nada; á él no le pasaba nada; no ponía á sus padres á prueba de emoción ni de afecto; y como no los ponía á prueba, es de creer que los padres y el abuelo y hasta los parientes le querían, pero con un amor sin revelar. En lugar de ver en él un chiquillo hecho de carne color de rosa, tejido en lágrimas y risas, le consideraban como un socio, un socio pequeño, que cuando llegase á mayor había de continuar aquel dichoso 1830.

Si no le hubiesen considerado como socio; si en lugar de crearle una rama de su árbol comercial, le hubiesen creído esqueje capaz de florecer en otro huerto, ¡ay!, el corazón de los padres es corazón de padres, pero tal vez le hubiesen aborrecido.

Pero no había temor de que así fuese. Su horóscopo estaba claro. Todas sus primeras inclinaciones y

todas su aficiones, en cuanto tuyo de cuatro á cinco años, no pasaban de la tienda. No llegaban ni al cuartel de enfrente. Solo, con un carrete de hilo, se entretenía horas y horas; le devanaba, le desdevanaba, parecía que quisiera contar las varas de hilo que tenía, como si ya presintiese la importancia que tiene eso de las medidas, y siempre le volvía á poner en su sitio sin equivocarse de caja. Con dos docenas de botones, poniéndolos en montones, en filas, volviéndolos á amontonar, se pasaba jugando toda la tarde, y si perdía uno dejaba de jugar y se ponía de mal humor; guardando los cartones que sobraban de las cajas y cajitas se entretenía días y días, como si ya tuviese instinto coleccionador. Si el aborrecimiento de los padres había de nacer de que él se apartase en sus aficiones de la frialdad de la tienda, por buscar el calor del más allá, no había miedo de que le aborreciesen. La luz de la calle, el azul del cielo, los árboles que se veían á lo lejos, el canto de pájaro de los niños, no parecía que le interesasen. Nunca tendía los brazos para alcanzar la luna y el sol. Si acaso los tendía era para alcanzar un ovillo, marca Koats, del número 24.

La casa, el abuelo, el señor Ramón, los antepasados, el 1830, la Puntualidad y el Crédito podían estar satisfechos del hijo que les había salido. Si todos juntos, símbolos y personas, hubiesen hecho un niño de encargo, no le habrían hecho tan perfecto. Silencio, discreción, economía, sequedad de emociones, de todo lo que hay que tener en la vida para no sen-

tir ni pena ni gloria, para no ser visto ni mal visto, para pasar sin tropiezo, para ir tirando y para no ser pobre, lo tenía aquella criatura. Sería «La Puntual» en persona, la propia «Puntual», el Menestral, la clase neutra.

Un día, á los seis años, ¡sólo á los seis años, señores!, estaba detrás del mostrador y despachó un pedazo de cinta, y al pagarle los dos cuartos que valía se quedó mirándolos por los dos lados para ver si eran falsos.

¡Nunca se había visto cosa semejante!

El abuelo, que le contemplaba enternecido, le dió un beso.

Era el primero que le daba.